

PASIÓN DE LAS SANTAS VÍRGENES FLORA Y LUCILA. (29 de julio.) Con anotaciones de Guillermo Cupero S. J.

PRÓLOGO.

Hemos aprendido, con el testimonio del Salmista, que Dios es admirable en sus santos (Salmo LXVII), no solo porque realiza signos maravillosos a través de ellos en aquellos que están enfermos, sino también porque, por medio de Él, ellos mismos, recuperándose de la debilidad común, se hicieron fuertes en la batalla. La debilidad de los hombres desea huir de la muerte, especialmente si se inflige con tormentos. Pero los santos mártires, superando esta debilidad por la gracia de Dios, no solo soportaron los tormentos ofrecidos y derramaron su vida a través de ellos, sino que también se ofrecieron voluntariamente a los tiranos y verdugos para los castigos más atroces. A este tipo de personas, con toda justicia, diría que, por don divino, han transformado su fortaleza. Pues, lo que por naturaleza se ama, lo abandonan sin que nadie los obligue, y lo que naturalmente se teme, lo siguen por su propia voluntad. Esta fortaleza de mente, aunque es admirable en los hombres y digna de grandes alabanzas, es mucho más admirable y laudable en el sexo femenino, que por la frialdad de su naturaleza es tímido y blando; y así como es el menos apto para la guerra, odia las espadas y las armas; y no solo el espectáculo, sino también la memoria de la sangre le horroriza. He anticipado esto para que comprendáis, queridos hermanos, qué tipo de vírgenes son aquellas a cuyas festividades asistís, en las que no solo debemos venerar la religión, ni solo la virginidad, sino también el martirio mismo, y no cualquier martirio, sino uno tal que ellas mismas, por su propia voluntad, corrieron desde regiones remotas como si fueran a los mayores deleites. En este acto de suma fortaleza no solo brillaron, sino que también, con el ejemplo de su virginidad, llevaron al rey bárbaro, aún no renacido en las aguas del bautismo, a la misma lucha, con el mismo afecto de santa emulación, para que lo emprendiera. Si comparamos a estas vírgenes y al rey en el acto de tan gran virtud, ellas superan en piedad y ejemplo por su sexo; pero son superadas por el rey, ya que él, aún no regenerado en Cristo, comenzó su carrera desde tan alta cumbre de perfección, que primero se hizo mártir antes de recibir el sacramento de la fe; y quien no había sido lavado con agua, fue lavado con su propia sangre. ¡Oh, verdaderamente gran espectáculo, ver a quien no era cristiano, ofrecer su cuello por Cristo; y a quien aún no había renacido en el bautismo, ser preferido a muchos bautizados por la palma del martirio! Pero que la historia misma nos hable ahora, que nos proponga el origen de los santos, el progreso de su vida, y la gloria de su consumada lucha.

CAPÍTULO PRIMERO. La piedad de estas santas vírgenes, su cautiverio y en el cautiverio su libertad.

Es manifiesto que la ciudad de Roma ha precedido a todas las ciudades en todo tipo de nobleza, y ha sido la cabeza del mundo. Pues si consideras antes del nacimiento de Cristo el Señor, encuentras a los romanos como señores de las cosas; si después, ves que se ha hecho la cabeza del mundo por la sede de San Pedro; si reflexionas sobre los hombres que han surgido en ella, los comprobarás cautos en consejo, valientes en armas, supremos en fortaleza, sobresalientes en justicia, moderados en todas las cosas. Lo único que faltaba antes de Cristo, a saber, la piedad de la fe, introducida por Pedro, ennobleció a la ciudad, que hasta entonces había superado a las demás en otras cosas, de tal manera que también en esto las precede. ¿Qué bastaría enumerar de los indígenas de esta ciudad que en tiempos cristianos han brillado en la guerra y en la paz? Supera ciertamente la opinión su número, y supera también la fe. Pero entre aquellos que con sus sufrimientos han comprado el reino celestial, estas, a cuyas festividades asistís, obtienen una dignidad especial. Pues, asumiendo un ánimo viril, nacidas en Roma, merecieron vivir religiosísimamente en Roma, y finalmente morir en

Roma con la mayor constancia. Las gloriosas vírgenes Flora y Lucila, hermanas, en tiempos que se puede entender y se da, de Antonino, llamado Pío, mientras en Roma ardían con sus santos modales en la presencia divina; y fuera, según la propiedad de sus nombres, florecían y brillaban, eligieron una vida apostólica, por la cual se apartaban del amor terrenal, y ofrecían los vasos santificados de su cuerpo con la santificación de la castidad: y lo que sabían que por soberbia los ángeles habían caído, por humildad se preparaban el ascenso a los cielos. Así, agradando a Dios y a los hombres por estas y otras buenas obras, el Señor quiso probarlas como oro en el fuego a través de tribulaciones, para hacerlas más gloriosas ante Él. Pues cuando Dios había instruido a las santas vírgenes con la virtud de la fortaleza, no quiso que permanecieran ocultas, sino que salieran al campo de batalla: para que, habiendo vencido las pasiones de su cuerpo y las tentaciones del diablo, también superaran al mundo mismo. Comenzando, pues, con cosas más leves, con su santo consejo, cómo de los males también saca bienes, permitió que las santas fueran llevadas de su región, para que obtuvieran el mérito de la paciencia, anunciaran el nombre de Cristo a las naciones extranjeras, y las llevaran a su culto.

En aquellos tiempos había en las partes de África un rey bárbaro, llamado Eugegio, que, hostil a las regiones romanas, intentó devastarlas, y entre los demás cautivos, las santas vírgenes, por voluntad de Dios, llevó a su región: al verlas destacadas por su juventud y belleza, se encendió en amor por ellas. Al cuidar que se les proporcionara un ajuar femenino regio, la virgen Flora, prudentemente advirtiendo lo que el bárbaro pretendía, le dijo: Mira lo que haces. Pues tenemos un esposo poderosísimo, que, movido por nuestras y sus injurias, descargará su furia sobre ti. El bárbaro, al oír esto, se enfurece; y lleno de la vanidad de la soberbia, no creyendo que pueda encontrarse alguien que pueda ejercer venganza sobre él, con mente turbada y voz arrogante respondió: ¿Y quién es vuestro esposo, o de qué poder, para que pueda vengar sus o vuestras injurias en mí? La virgen del Señor Flora, sin temer y con confianza viril insertada en su pensamiento femenino, dijo: Tenemos por esposo a Dios y Señor Jesucristo, quien creó el cielo y la tierra de la nada, y todo lo que está contenido en el ámbito del cielo. A quien todo sirve, para quien nada puede ser difícil; a este Señor Dios nos hemos prometido, a Él servimos con corazón y cuerpo inmaculado. Que esto sea violado, que sea profanado, que sirva a tu lujuria, ¡cuán absurdo, cuán impío, y cuán imposible es que lo veas! Pues no puedes persuadirte de que, si intentas violar el templo de Dios, que somos nosotros, quedarás impune (I Cor. III, VI); sino que debes persuadirte con certeza de que serás destruido por aquel a quien provocas con nuestras injurias. Al oír esto, el rey invictísimo, admirando tanta constancia, elocuencia y amor a la castidad de la mujer, por voluntad del Señor se aterra, y cambiando el impuro afecto con el que había preparado la violación de las vírgenes en religión, venera al Dios supremo y verdadero en sus corazones; e inmediatamente ordenó prepararles una habitación secreta y adornada, a la que no tuviera acceso ningún hombre, sino solo las vírgenes, a quienes había dedicado al servicio perpetuo de las santas. También les mandó que no se apartaran de su servicio, sino que les sirvieran con la mayor reverencia, como siervas de Dios que mora en los cielos.

Viendo, pues, las santas hermanas tanta providencia de Dios hacia ellas, que había hecho de un ladrón un protector y de un corruptor de la castidad un defensor, y había convertido la corte de los príncipes en un claustro monástico, admiradas del consejo divino, daban grandes gracias al autor de todos los bienes, quien, incluso en cautiverio, les había hecho encontrar tanta gracia ante el rey extranjero, por cuya salud e integridad oraban frecuentemente a Dios, como era justo, para que no pudieran ser marcadas con la mancha de la ingratitud. Mientras tanto, el ánimo del rey se forma hacia la fe, y confiaba tanto en sus sagradas oraciones, que, al ir a la guerra, se encomendaba a ellas con insistencia. Cuando se le ordenaba tener buen

ánimo, o escuchaba que regresaría a casa con salud, como si estuviera protegido por un oráculo celestial, concibiendo una esperanza cierta de victoria, descendía al combate y siempre, por voluntad de Dios, obtenía la victoria. Al ver el rey estos signos evidentes de su santidad, comprendiendo que por sus oraciones había sido protegido por Dios y ayudado en todas sus acciones, honraba más a las vírgenes, y las tenía como madres, juzgándose a sí mismo y a su reino bendecido, que era protegido y fortalecido por los méritos y oraciones de las siervas de Cristo.

CAPÍTULO II. Liberación de las vírgenes del cautiverio, regreso a Roma y martirio junto con su captor.

Las santas vírgenes, viviendo religiosamente y santamente en la región africana bajo el rey Eugegio, y el rey siguiéndolas con servicios y beneficios constantes, ya se cumplía el vigésimo año desde que habían sido capturadas de su propia ciudad. Después de este lapso de tiempo, queriendo el Señor Jesús liberar a sus fielísimas esposas de la laboriosa lucha de este mundo presente, e introducirlas en su cámara celestial, y sabiendo que estaban muy dispuestas a sufrir el martirio, no quiso que fueran adornadas solo con triunfos domésticos; sino que salieran al campo, y con una lucha aumentada terminaran su gloriosa vida con el triunfo del glorioso martirio. Pues nuestro rey no arma en vano a sus soldados con las armas más fuertes, lo que ciertamente haría si fortaleciera a algunos para el martirio, y no les opusiera lucha, y permitiera que la naturaleza se retirara en paz.

Su esposo, pues, se les aparece en el silencio de la noche intempestiva en una visión, y las dirige con estas palabras: Amadas esposas, no hagáis más demora en estas regiones, sino levantándoos, regresad a vuestra patria, donde os corresponde ser consumadas por el martirio. Al oír esto, las vírgenes se alegraron con gran gozo por tan gran anuncio y beneficio, y dieron las más altas gracias a su esposo Cristo, y por la mañana se lo contaron a su príncipe, rogándole que les permitiera regresar a su patria, según el oráculo que se les había hecho, para obtener la palma del martirio. Entonces, al oír esto el rey y considerando impío e imposible oponerse a los mandatos divinos, y reflexionando con alta consideración que hasta entonces había sido no solo preservado en los asuntos bélicos por la presencia de las vírgenes, sino también engrandecido, y por ellas hecho glorioso en todo, temiendo por su vida y su fin por su ausencia, decidió acompañarlas en su viaje, y les dijo: Ya que debéis partir y no me es posible permanecer en estas regiones después de vuestra partida, si me lo permitís, iré también con vosotras. Asintiendo ellas y deseando que así fuera, y asegurando además que ciertamente sería agregado al rebaño cristiano, como movido por un mandato divino, dejando el reino, los hijos y la esposa, se convierte en compañero de las siervas de Cristo, y quien ya había llevado a las vírgenes con furia bárbara de sus regiones, las devolvía como un padre amantísimo. Si comparas entre ambos, contemplas el cambio de la diestra divina. Allí encuentras a Eugegio como un lobo ferocísimo, aquí como un cordero mansísimo. Entonces intentaba arrebatar lo ajeno, corromper la virginidad, matar a los inocentes; pero ahora considera sus cosas como nada, defiende la castidad, desea morir por Cristo y, por su propia voluntad, desde regiones lejanas acude a poner su vida por Cristo. Que los gentiles y los incrédulos se maravillen de esto; que se maravillen los que no saben que Dios es admirable en sus santos (Salmo LXVII), como hemos dicho antes. Pues nosotros no debemos maravillarnos de tales cosas, sino amarlas, sabiendo que para los fieles todo es posible.

Imperando en Roma M. Antonio Vero y Commodo Aurelio, en el año del Señor ciento ochenta o alrededor, las santas vírgenes Flora y Lucila, hermanas, junto con el rey Eugegio, entrando en la ciudad de Roma para recibir el martirio por Cristo, encuentran, bajo el prefecto de la ciudad, llamado Helio, que la furia de los gentiles se desata contra los cristianos. A

quienes ellas, sin temor, se mostraron abiertamente, y siendo capturadas por los soldados, fueron presentadas al prefecto de la ciudad, Helio. De quien, al ser interrogadas sobre el culto cristiano, afirmaron sin vacilar ser cristianas, añadiendo que después de veinte años de cautiverio, por mandato de Cristo, habían regresado a Roma para el martirio. A lo que Helio respondió que el mandato de los emperadores era que los cristianos debían ofrecer sacrificios a los dioses o ser muertos con severos castigos. A esto, las vírgenes respondieron que estaban preparadas para entregar su vida por el Dios vivo y verdadero, para lo cual habían venido por revelación divina desde regiones lejanas del mundo. Entonces, el impío Helio, viendo que no podían ser apartadas de su santo propósito, ordenó que fueran condenadas a muerte con feliz derramamiento de sangre. Según su mandato, estando presente Eugegio y admirando su constancia, fueron decapitadas por los verdugos y obtuvieron la corona del martirio.

Después de su muerte, viendo el rey Eugegio que Flora y Lucila, sus madres y señoras, habían sido coronadas por tan gran constancia, y que él había quedado como sobreviviente, ardiendo en amor por el martirio, cuyo ejemplo ya había sido dado en el sexo femenino, se ofreció voluntariamente al prefecto, diciendo: Y a mí mismo, junto con ellas, depón, pues ambas son mis señoras, y después de su muerte rehúso vivir. Al ser interrogado sobre quién era, declaró su nombre y patria, y manifestó toda la historia de las vírgenes y la suya, añadiendo que deseaba la muerte por el nombre de Jesucristo. Helio dudaba y ponía en cuestión que este, que no era cristiano, quisiera morir por Cristo. A lo que el rey Eugegio dijo: La efusión de mi sangre me hará adorador de Cristo, quien no me considerará ajeno a su gracia. Después de esta confesión de fe, el venerable varón, por orden del prefecto, fue decapitado. Así, las gloriosas vírgenes, Flora y Lucila, junto con el rey Eugegio, adquirieron la inmortalidad por la decapitación y muerte el 29 de julio, a quienes los espíritus angélicos condujeron al tálamo del sumo Esposo; a quien, mientras vivieron y en la muerte, siguieron con todo el afecto y amor de su mente, por quien despreciaron con la mayor alegría las riquezas, los placeres, los honores y la vida misma, que nada es más querido para el hombre. En quien, descansando y siendo bienaventuradas, por la pobreza voluntaria adquirieron riquezas inestimables y verdaderas; por los ayunos temporales, banquetes eternos; por el desprecio de la lujuria más vil, honestidad y placeres perpetuos; por las ridiculeces y puerilidades de esta vida, honores verdaderos, sólidos y eternos; y por la vida momentánea y frágil, merecieron la vida perpetua.

CAPÍTULO III. Sepultura y traslado de los cuerpos santos.

Los cuerpos de ellos fueron recogidos por los fieles y sepultados con piedad cristiana en el suburbio de la ciudad de Ostia, donde descansaron por más de setecientos años, es decir, hasta el año del Señor novecientos uno. En ese tiempo, el religioso padre Juan, obispo de Arezzo, canciller palatino, pidió y recibió del papa Benedicto III los sagrados cuerpos de las santas Flora y Lucila y del rey Eugegio. Cuidando religiosamente de que fueran llevados por su familia hacia Arezzo, él mismo, para no sufrir impedimento alguno por parte de los romanos, regresó por otro camino. Pero queriendo Dios divulgar los nombres y méritos de las vírgenes para su gloria y la de ellas, sucedió que un día los familiares del obispo, con los santos cuerpos, se hospedaron entre el lago, llamado Disortium, y la laguna de Arezzo. Los habitantes del lugar, y principalmente los señores, reconociendo las sagradas reliquias por la reverencia del lugar y la religión de la familia, por voluntad de Dios obtuvieron de ellas una cierta partícula. Y para ser agradecidos por tan grandes beneficios de Dios, según las enseñanzas apostólicas, construyeron una basílica en honor de Dios, de la Santísima Virgen María, y de las santas Flora y Lucila, y la hicieron consagrar con sus santas reliquias. También ordenaron que el nombre del pueblo y de su principado se denominara por el

nombre de Santa Flora, cuando el primer pueblo se llamaba Amia, y ellos mismos se llamaban condes de Amiata.

Partiendo, pues, del pueblo de Santa Flora y de los religiosos condes, continuaron su camino ya iniciado y se acercaban a la llanura de Arezzo, cuando, por consejo de Dios, el animal que llevaba los sagrados cuerpos no admitía ser conducido más allá por ninguna exhortación o golpe. Atónitos los ministros, y esperando unos a otros, e ignorando lo que los mártires querían, no descuidaron informar al obispo, que ya había llegado a Arezzo, de lo que les había sucedido. Entonces, el devoto prelado, al recibir el mensaje, y acompañado de una gran multitud de clérigos y pueblo, salió al encuentro de los santos, y después de haber ofrecido oraciones sagradas y derramado lágrimas, intentó mover él mismo al animal. Pero al no poder hacerlo, después de consultar con los suyos, dejaron que el animal se fuera, sabiendo con certeza que el lugar había sido elegido por los santos, al que el animal irracional había volado por su propia voluntad. Hecho esto, el animal bruto, guiado por los ángeles de Dios y los santos mártires, como si escapara de una prisión, subió con gran velocidad al monte, que entonces se llamaba Titano, y se detuvo en un lugar cierto establecido por los santos desde el cielo, que dista de la ciudad de Arezzo casi dos mil pasos. Allí, en poco tiempo, se construyó una basílica por la devoción de los fieles, y un monasterio de monjes, que por la santidad de los que moraban en él y por la intercesión de las vírgenes, creció maravillosamente durante muchos años con grandes y frecuentes milagros. Por la celebridad de este monasterio y la devoción de las santas, se construyó allí un castillo, y tanto el monte como el castillo tomaron el nombre de Santa Flora, que floreció durante muchos años.

El monasterio, sin embargo, en el año del Señor mil ciento noventa y tres, fue destruido por las facciones de los aretinos, güelfos y gibelinos. Después de esta desolación, con las santas reliquias fue trasladado a la ciudad de Arezzo, donde hasta hoy las santas vírgenes son veneradas con gran devoción por el pueblo. El castillo, sin embargo, fue destruido después, en el año del Señor mil ciento noventa y seis, por las mismas facciones, reinando nuestro Señor Jesucristo, quien vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.